

LA VIDA DE UN MULERO

EN COSTA RICA



Yo conozco a don Domingo. Trabaja en una finca en las montañas, allá en los cerros altos que tan a menudo se cubren de neblina. Tiene diez años de ser mulero. Diez años de recorrer el mismo camino, de cruzar los mismos ríos. Diez años de bajar y subir las mismas cuestas.

En esas montañas llueve casi todo el año. Los pastos permanecen siempre frescos y verdes. Por eso los habitantes de la zona se dedican a la cría de ganado y a la producción de leche, queso y mantequilla.

Don Domingo trabaja de noche. Tiene que llevar la leche a lomo de mula, desde la finca hasta la próxima carretera. Son cuatro horas de ida y cuatro de regreso. Trabaja todas las noches del año, llueva, truene o alumbren las estrellas.

Se levanta don Domingo como a las doce de la noche, y va por sus mulas al potrero. Tiene cuatro: dos trabajan hoy y dos mañana. Sale de la casa alumbrando su camino con un foco de baterías o con una candela. Algunos días comienzan mal, pues cuando las mulas ven la luz se espantan y comienzan a correr. ¡Cuán difícil es entonces obligarlas a entrar al corral!

Cuando vuelve a su casa, su señora tiene el desayuno listo: café con leche y tortillas frescas de maíz. Luego empieza la tarea de ensillar. Para hacerlo bien se necesita paciencia y cuidado. Don Domingo cepilla primero el lomo del animal; luego le pone una manta húmeda bien estirada y encima una o dos esterillas de junco. Por último el pesado aparejo de madera que se sostiene con una gruperá y tres cinchas, de las cuales una pasa por el pecho, para evitar que la carga se vaya para atrás. En el aparejo se cargan los dos tarros de leche que pesan más de dos quintales.

Más o menos a las dos de la madrugada todo está listo. Don Domingo se amarra el cuchillo al cinto. La señora le alcanza la tajona o látigo y luego le da la bendición: "Que Dios lo acompañe". "Amén", responde don Domingo y emprende el camino. Además del foco de baterías lleva siempre una linterna de candela. Es más segura que el foco, dice él. Para protegerse de la lluvia usa una tela plástica que se amarra al cuello y que lo cubre hasta las rodillas. El paraguas sería un estorbo, pues a menudo tiene que arreglar la carga de las mulas, que, por los resbalones y sacudidas, se tuerce fácilmente. Los caminos se mantienen barrialesos. Hay cuevas tan empinadas, que las mulas se ven atribuladas tanto para subir como para bajar. Más de una ha dejado su

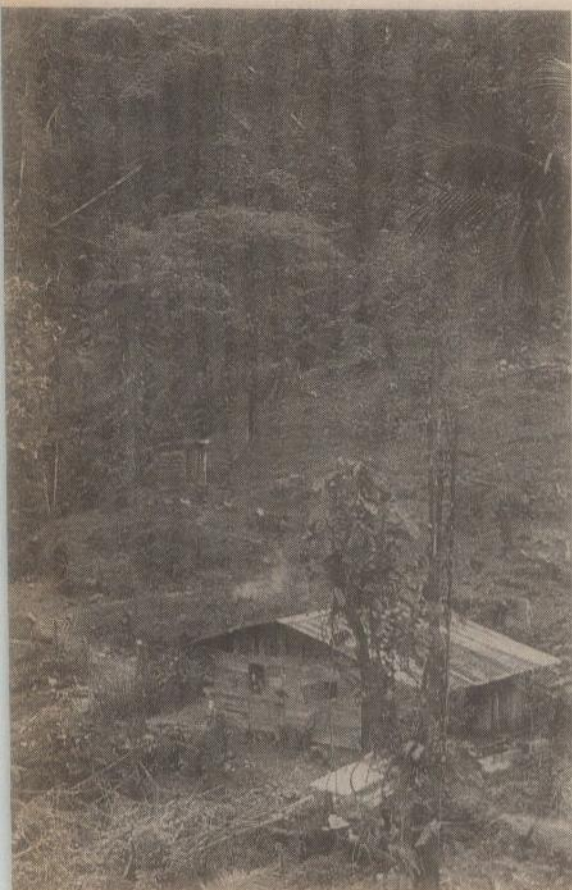


vida al salir rodando por los profundos barrancos de las orillas. Algunas partes, sumamente suamposas, están "empaladas": un palo junto al otro atraviesan el camino cubriendo así el barro hondo. Estos palos son resbalosos y las mulas no acostumbradas temen pasar por ellos.

Por todo esto, no puede ser cualquier persona un mulero en esa zona. El buen mulero tiene fama entre los que entienden algo del oficio y su sueldo es mucho mayor que el de un peón de campo.

Si durante la noche no ha llovido mucho, los ríos dejarán pasar al mulero con sus mulas. A las seis de la mañana estará en la carretera, donde llega el camión a recoger los tarros llenos de leche y a entregarle cuatro vacíos. Los martes, además, le traen el comestible de la semana, pues ahí en la carretera no hay ningún negocio donde comprar algo.

El mulero emprende su regreso. De camino hay dos casas. Si no llueve mucho, don Domingo entra en una de las casas a tomar un cafecito y a platicar. Pero no puede entretenerse mucho.



Las lluvias caen en cualquier momento y hacen crecer los ríos. Si esto sucede, tendrá que esperar horas... hasta que bajen las aguas de nuevo. Si no lo atrasan las crecientes llegará a su casa entre las once y doce del día.

Don Domingo tiene seis hijos. los dos más grandes siempre salen a su encuentro y le ayudan a desensillar; luego llevan las mulas al potrero para que el papá almuerce y descanse.

Esta es una de las casas a la que entra don Domingo a tomar café.



Por las tardes, si hace sol, don Domingo sale a traer leña para el fogón. Otras veces se va de cacería. La montaña casi no guarda secretos para él. En esos retiros todavía viven dantas, cabros, armados, conejos, tepezcuintles y muchos animales más. De vez en cuando se oye el león, y hace apenas algunos años, salió un tigre hasta los potreros. Sin embargo la cacería no es fácil, pues las selvas son espesas. Casi siempre don Domingo se conforma con tirar una pava, que es un pájaro grande, negro y de muy buen sabor.

Al terminar de leer esta historia, muchos dirán que la vida de don Domingo es esclavizada y llena de peligros. Pero la verdad es que él no le teme a la montaña, ni al trabajo, ni a la lluvia, ni a los ríos. El lo conoce todo. Además, en sus largas y solitarias caminatas, ha pensado mucho sobre el destino del hombre; sobre las penas y las dichas de la vida.

Yo conozco a don Domingo. Yo estudié 16 largos años de mi vida. Sin embargo él, que apenas estuvo tres años en la escuela, me ha enseñado mucho. Yo tengo tres hijos. Cuando estén grandecitos, los llevaré donde don Domingo. El es quien les puede enseñar que en este mundo no hay que temerle a nada ni a nadie más que a la propia conciencia. Esa es la base de la libertad de la persona. Yo respeto a don Domingo porque es la persona más libre que he conocido.